

las pilas bautismales en el artículo BAITISMO.

Bayanismo. V. BAITANISMO.

Beatas. V. RELIGIOSAS.

Beatificación. Acto por el cual el soberano pontífice declara respecto de una persona cuya vida ha sido santa y acompañada de algunos milagros, etc., que se puede creer que su alma goza de la bienaventuranza, y en consecuencia de esto, permite á los fieles darle un culto religioso.

La beatificación se diferencia de la canonización en que en la primera el pontífice no obra como juez, determinando el estado del beatificado, sino que solo concede á determinadas personas, como á una órden religiosa, ó á una comunidad el privilegio de rendir al beatificado un culto particular, que no se puede reputar supersticioso, desde que lo autoriza el pontífice, en vez de que en la segunda el papa habla como juez y determina *ex cathedra* el estado del nuevo santo.

La ceremonia de la beatificación se introdujo por creerse conveniente permitir á una órden ó comunidad tributar un culto particular á un sugeto propuesto para ser canonizado, antes de tener un pleno conocimiento de los hechos, y por la mucha duración de los procedimientos que se observan en la canonización. V. CANONIZACIÓN.

Becerro. Esta palabra se usa en la Escritura en diferentes sentidos: 1.º significa enemigos furiosos, *Ps.* xxi, 13: *Circumdederunt me vituli multi.* 2.º Al contrario, en Isaías, xi, 7, denota hombres suaves y apacibles; se dice en él, que el oso y el becerro pacerán juntos; es decir, que los débiles y los sencillos no tendrán miedo á los que les parecen temibles. 3.º El profeta *Malacías*, cap. iv, 21, compara á un pueblo que está alegre con los *becerros* que triscan en un prado. 4.º En el *Ps.* 1, 21, esta palabra expresa las diferentes clases de víctimas, *imponent super altare tuum vitulos.* Pero en *Oseas*, cap. xiv, 3, *vitulos labiorum*, las víctimas de los labios ó de la boca significan las alabanzas, los votos, las acciones de gracias; á esto es á lo que S. Pedro llama *spirituales hostias*, S. Pedro, ii, 5.

BECCERO DE ORO. Idolo que fabricaron los israelitas al pie del monte Siná, al que dieron un culto semejante al que habían visto rendir en Egipto al bucy Apis; su historia está referida en el *Exod.* xxxii; demuestra la grosería de este pueblo, y su decidida tendencia á la idolatría. Cuarenta días antes, los mismos israelitas se llenaron de espanto á la vista

del aparato terrible con que Dios les intimó sus leyes, xix; les había prohibido severamente adorar á otros dioses mas que á él, xx, 3. Prometieron serle obedientes y fieles, y le inmolaron víctimas, xxiv, 3 y 5; porque Moisés tardaba mas tiempo del que les parecia en bajar del monte donde Dios le daba sus órdenes, quisieron tener un Dios visible, un idolo á quien ofrecer sus sacrificios. En la fiesta insensata que celebraron en su honor, llevaron la impiedad hasta decir: *Hé ahí tus dioses Israel, los que te han sacado del pais de Egipto*, xxxii, 4.

No es de admirar que Moisés indignado de esta prevaricación rompiese las tablas de la ley, derrivase y redojese á polvo este idolo, le arrojase en el torrente cuyas aguas bebía el pueblo, y armase los levitas mandándoles matar á los mas culpables. Este ejemplo de severidad era necesario para intimidar á los demás y para prevenir las recaídas. No fueron menos insensatos sus descendientes cerca de quinientos años despues, puesto que adoraron los *becerros de oro* que Jerobán mandó construir para apartar á sus súbditos de tributar culto al verdadero Dios en el templo de Jerusalén, *III Reg.* xii, 28.

El incrédulo mas célebre de nuestro siglo ha intentado probar que la historia de la adoración del *becerro de oro* no es verosímil ni posible; pero segun su costumbre ha falsificado muchas circunstancias; así se le ha demostrado que en sus reflexiones hay tantas falsedades y errores como palabras. *Refutación de la Biblia explicada*, t. 6, c. 6, art. 7. *Cartas de algunos judíos, primera parte, carta 3*, etc.

Opone 1.º. Que fué imposible á los israelitas en el desierto mandar hacer un *becerro de oro*. No es creíble dice, que tuviesen fundidores de oro que solo se encuentran en las grandes poblaciones; es imposible echar en fundición un *becerro de oro* y construirlo en una noche; se habrían necesitado lo menos tres meses para acabar esta obra.

Si este crítico hubiera leído con mas reflexión la historia que impugna, habría visto que cerca de un año despues de la adoración del *becerro de oro*, se hallaron en el desierto y entre los israelitas dos fundidores capaces de hacer de oro, de plata, y de bronce los adornos y los vasos del tabernáculo, *Exod.* xxxi. Sin duda aprendieron este arte en Egipto, donde entonces ya era conocido y practicado.

Es fácil convencerse, por el testimonio de

los artistas, que bastan dos ó tres días para hacer un molde y poner en fundición cualquiera obra, especialmente si no es de gran peso y no exige mucha perfección. La historia no dice que el *becerro de oro* se hiciese en una noche, ni que el cincel, ó el buril lo perfeccionasen; al contrario, segun ella quedó tal como salió del molde, xxxii, 24. Los israelitas querían un idolo que pudiesen trasladar con facilidad, y es sabido que aun hoy las naciones idolátras se contentan con figuras muy toscamente trabajadas.

2.º Es inconcebible, dice nuestro filósofo, que tres millones de judos que acababan de ver y de oír al mismo Dios al estruendo de las trompetas y de los truenos, quisiesen tan pronto y en su misma presencia, apartarse de su servicio para adorar un *becerro*.

Respuesta. Todavía es mas inconcebible ver á los antiguos paganos, y aun á los filósofos, obstinarse en la idolatría, á pesar del espectáculo del universo que les anunciaba un solo Dios, y á pesar de las lecciones de los doctores cristianos que les probaban esta verdad; ver todavía hoy ateos que llevan su ceguera y obstinación aun mas lejos; ver en fin hombres, que parecen razonables, que, despues de haber hecho los mas bellos propósitos en una grande enfermedad, vuelven á los mismos desórdenes que necesariamente los habían conducido á los bordes del sepulcro, y sin embargo desgraciadamente son bien ciertas estas contradicciones del entendimiento y del corazón humano.

3.º No se puede, continúa nuestro crítico, reducir el oro á polvo echándolo al fuego; de ningún modo se puede disolver mas que por los procedimientos de la química de que seguramente Moisés no tenía ningun conocimiento.

Respuesta. Aun cuando fuera necesario atribuir á Moisés conocimientos superiores en química, no vacilaríamos en ello, porque se ha dicho que este legislador se instruyó en las artes y en las ciencias de los egipcios; ahora bien, es incontestable que la de que hablamos no les era desconocida. Mas no necesitamos suponer nada por conjeturas como á cada momento sucede al censor de la *historia sagrada*. Esta solo dice que Moisés despues de haber arrojado al fuego el *becerro de oro*, lo hizo romper y moler hasta pulverizarlo, y despues mandó hechar este polvo en el agua que bebían los israelitas, xxxii, 20.

4.º Dice, en fin, que Moisés á la cabeza de

la tribu de Levi mató veinte y tres mil hombres de su nacion, que se supone estaban bien armados, puesto que acababan de combatir contra los amalecitas; jamás un pueblo entero se ha dejado degollar de esta manera sin defenderse. Además, añado, que si este hecho fuese cierto habría sido un rasgo de crueldad inaudita de parte de Moisés.

Respuesta. Confesamos que la *Vulgata* cuenta veinte y tres mil; pero es indudable que esta version no es exacta, porque el texto hebreo y el samaritano, los Setenta, la paráfrasis caldea, las traducciones de Aquila, de Symmaco, de Theodocion, las versiones Siriaca y Arabe solo ponen *cerca de tres mil hombres*. Los Padres como Tertuliano, San Ambrosio, Optato, San Isidoro de Sevilla, San Jerónimo y otros leyeron este último número en la antigua *Vulgata latina*; prueba clara de que la palabra *veinte y tres* es un error cometido por el copista en los siglos posteriores. Además que es muy ridiculo suponer *bien armados* á hombres que se entregaban á los festines y al desorden; la historia dice terminantemente que estos idolátras se habían despojado de sus vestidos, *Exod.* xxxii, 25.

Por lo demás sostenemos que en esta ejecución no hubo injusticia ni crueldad. Dios por su ley había prohibido la idolatría bajo pena de muerte, y los israelitas se sometieron á ella; solo podían subsistir en el desierto por una providencia sobrenatural, y Dios solo se la prometió bajo la condicion de obedecerle; desde el momento que se rebelaron contra la ley, Dios podía hacerlos perecer á todos, abandonándolos, y así les amenazó, *Ibid.* 10. Moisés estaba pues obligado á hacer un ejemplar en los mas culpables para intimidar á los otros, obtener su perdon, y salvar de este modo su nacion. ¿Qué hay que censurar en esta conducta?

Otros críticos antiguos y modernos han dicho que Aaron fué el mas culpable de todos, y sin embargo fué perdonado, mientras que tres mil hombres sufrieron el castigo de su delito. Ya hemos refutado esta calumnia en la palabra *ΑΑΟΝ*. Hoy los judios están tan persuadidos de la enormidad del crimen de sus padres, que creen que Dios todavía lo está vengando; dicen que en todas las calamidades que los aquejan entra al menos una onza de la prevaricación del *becerro de oro*; pero olvidan que mil quinientos años despues, sus padres se hicieron culpables.

de un crimen mucho mayor, y más digno de la venganza divina, dando muerte al Mesías. V. *Junios*, § 6.

Beda, monje y sacerdote inglés, que murió el año 733, y fué la admiración de su siglo por su ciencia y su piedad. Escribió la historia eclesiástica de Inglaterra, comentarios sobre la Sagrada Escritura, sermones y otras obras. Se resentían de la decadencia de la literatura en el siglo octavo; pero este venerable autor es un testigo nada sospechoso de la doctrina entonces creída y profesada en la Iglesia; hasta los escritores protestantes le han hecho justicia. *Vidas de los PP. y de los Mártires*, 27 de mayo.

« En vano se buscarían en sus libros, dice un crítico, los adornos de la retórica; pero si hay en ellos mucha precisión y claridad, una amable sencillez, un tono de franqueza, y de piedad y de zelo que interesan al lector. El candor y el amor de la verdad caracterizan sus libros históricos; y si se dice que algunas veces ha sido demasiado crédulo, al menos es preciso convenir en que ninguna persona juiciosa pondrá jamás en duda su sinceridad. Se contenta en sus comentarios orden metódico los de S. Agustín, de S. Ambrosio, de S. Jerónimo, de S. Basilio, etc. No lo ha hecho por evitarse el trabajo, ni por falta de ingenio, como han dicho algunos modernos. Su objeto era unirse más estrechamente á la tradición, interpretando los libros santos. En lo que dejaron por hacer los Padres, siempre sigue los principios de estos, por miedo á desviarse de la tradición en lo más mínimo. Conviene los jueces más competentes en que los tórazos que son enteramente suyos, no ceden en solidez y en juicio á los más hábiles de los Padres.

Beelzebor, dios de los moabitas y de los madianitas. Cotejando con el texto sagrado las conjeturas de los antiguos y de los modernos, parece que esta divinidad era casi lo mismo que el Priapo de los latinos, dios de la lujuria, á quien representaban bajo una figura muy obscena. Se dice, en el libro de los Números, xxv, que las hijas de los moabitas convidaron á los israelitas á sus sacrificios, que concurren á ellos, que adoraron á los dioses de estas hijas, se iniciaron en el culto de *Beelzebor*, y se entregaron á la disolución con ellas. Dios, irritado por este crimen, mandó á Moisés que hiciese ahorcar á los principales del pueblo. Moisés mandó á los jueces que condenaran

á muerte á los que fuesen reos de idolatría. Finées, nieto de Aaron, mató públicamente á un israelita con una prostituta madianita; perecieron veinte y cuatro mil hombres en esta ocasión. Dios mandó también á Moisés que tratase á los madianitas como enemigos declarados, y los exterminase. Esta orden se ejecutó poco tiempo despues. *Núm.* xxxi.

Este ejemplo de severidad no tiene perdón á los ojos de los incrédulos: acusan á Moisés de crueldad, de ingratitud con los madianitas, entre los que había encontrado asilo y tomado una esposa, y de barbarie tratando su país á fuego y sangre.

Fácilmente justificará al legislador de los hebréos el que quiera reflexionar un poco. 1.º Entre los judíos, en virtud de la ley que Dios les había dado, la idolatría era un crimen de lesa majestad divina: atendida á la inclinación invencible de los israelitas á imitar á sus vecinos, y á los desórdenes de que la idolatría iba siempre acompañada, no había mas medio para prevenirla y extirparla que castigar con la muerte á todos los culpables. 2.º Las tribus de madianitas vecinas de los moabitas no eran las mismas que estaban próximas al Egipto, donde Moisés se había retirado: se ve, por el ejemplo de Jerthro, su suegro, que estas adoraban al verdadero Dios; las primeras se habían corrompido con los moabitas, y honraban á *Beelzebor*. 3.º La conducta de estos pueblos era una perfidia; siguieron el consejo abominable de Balaam de seducir á los israelitas, para hacerlos criminales, y excitar contra ellos la ira de Dios. *Núm.* xxxi, 46. También eran culpables por haber infestado con la peste el campo de los hebréos. 4.º Que los israelitas, los moabitas, los madianitas y todos los culpables fuesen castigados con la muerte, la guerra, ó un contagio, es lo mismo para la justicia divina; en ninguno de los dos casos se la puede acusar de crueldad. V. *Justicia Divina*.

« Es falso que Moisés hiciese matar los veinte y cuatro mil hombres que habían prevaricado. Al contrario, es evidente que este legislador no hizo mas que ejecutar las órdenes de Dios. Para obedecerlas, manda juzgar á los culpables; y la ira del Eterno contra su pueblo, esta plaga que les envía, y que Moisés y la asamblea quieren retirar con sus gemidos; la cesacion de esta plaga debida al zelo de Finées, ¿ no anuncia todo esto un azote epidémico, mas bien que una matanza?

Las voces hebréas de que se vale Moisés, y las empleadas por el Salmista (*Sal.* cv, 30), lejos de contradecir este sentido, no hacen mas que establecerlo, y lo confirma el conjunto del pasaje. No se puede pues sin injusticia hacer responsable á Moisés de la muerte de dichos veinte y cuatro mil hombres.»

Pero el autor de la *Biblia explicada* dice: « Este número de hombres degollados por la cosa menos criminal del mundo. » A los ojos de los incrédulos la idolatría, el culto de una infame divinidad (porque *Beelzebor* fué, según la mayor parte de los sabios, el dios de la obscenidad), las uniones escandalosas, prohibidas por la autoridad del verdadero Dios y por las leyes de la nación, no son mas que bagatelas! Es falso que estos culpables fuesen castigados simplemente por haber tomado mujeres madianitas. Cayeron de crimen en crimen por sus seducciones; pasaron de la embriaguez á la impureza, y de la impureza á la idolatría. » (*Ductor. Vindicias de la Biblia. Nota XV, sobre el cap. 25 del libro de los Números*).

Beelzebub, dios de las moscas; era adorado por los acaronitas. Siendo muchas veces los insectos en oriente una plaga terrible no es de extrañar que los pueblos de estas regiones hayan algunas veces encargado á los dioses el cuidado de destruirlos. Así los griegos adoraron á Hércules, *Μοισαίος* y *Κεραυνος*; Hércules que destruye las moscas y las langostas. *Apolo Σκαρδαίος*, que mata los ratones, etc. Véase á *Plinio l. 10, c. 28; y l. 29, c. 6*. Ocozias, rey de Israel, estando enfermo envió á consultar á *Beelzebub*, príncipe de ellos, *Mat.* xii, 24.

El Salvador les hizo conocer fácilmente que no podía tener relaciones con el enemigo de la salvación; que al contrario había venido para vencerle y para quitarle sus victimas. La mayor parte de los ejemplares griegos del nuevo Testamento, dicen *Beelzebub*, el dios de las impurezas; mas esto puede ser un error de los copistas griegos.

Begardos y beghardos, secta de falsos espirituales ó de falsos devotos, que apareció en Italia, en Francia y Alemania, hacia el fin del siglo XIII, y principio del XIV.

Antes de este tiempo los albigenses y los valdenses se distinguieron por un exterior

sencillo, mortificado y devoto; muchos renunciaban sus bienes, se dedicaban á la oración y á la lectura de la Sagrada Escritura, y hacían profesión de seguir los consejos evangélicos. Esta regularidad, verdadera ó aparente, comparada con la vida licenciosa de la mayor parte de los católicos y de una parte del clero, contribuyó mucho á los progresos de la herejía y al descrédito de la fe católica. Muchas personas, afectadas por esta desgracia, concieron la necesidad de reformar sus costumbres, y de observar una conducta mas conforme á las máximas del Evangelio. Esto dió origen á la multitud de órdenes religiosos y de congregaciones que se vieron florecer en la época de que hablamos. Una vez encaminados los ánimos por esta senda, hubieran ido muy allá, si el concilio de Letran, celebrado el año 1213, no hubiera prohibido establecer nuevas órdenes religiosas, no fuese que su demasiada variedad introdujese en la Iglesia la confusión. Muchos seglares, sin tomar el hábito religioso, formaron asociaciones piadosas, y se unieron para dedicarse á ejercicios devotos; mas por falta de instrucción y de luces, muchos dieron en ilusiones, y por un exceso de piedad cayeron en otro de libertinaje. Tales fueron los llamados *begardos*, *herotes* ó *fratricelos*, *dulcinistas*, *apostólicos*, etc.: estas sectas no tenían ninguna relacion entre sí; ea nada se parecían, sino en el modo con que todas se habían extrañado de su origen.

Es necesario distinguir muchas clases de *begardos*. Los primeros fueron unos franciscanos austeros, llamados los *espirituales*, que se preciabán de observar en todo su rigor la regla de San Francisco, de no poseer nada propio ni en comun, de vivir de limosnas, y de estar cubiertos de andrajos, etc. Habiéndose separado de su orden y negado la obediencia á sus superiores, fueron condenados como cismáticos por Bonifacio VIII hacia el año 1300. Entonces estos rebeldes empezaron á declamar contra el papa y contra los obispos; anunciaron la próxima reforma de la Iglesia, por los verdaderos discípulos de San Francisco; adoptaron los desvarios del abad Joaquin, etc. Atrajeron á su partido bastantes hermanos legos de la orden tercera de San Francisco, llamados *fratricelos* ó *pequeños hermanos*, en Italia *bizochi*, ó *alforjeros*, en Francia *beguinos*, en los Países Bajos y en Alemania, *begardos*; de aquí es que todos estos nombres se aplicaron á la secta en general; como todos los innovadores, alu-

